

Una de amor los corazones llena ;
 Otra destruye todo amante afecto.
 Amor bebió en aquella
 El buen Reinaldo ; en esta la doncella
 Probó el licor que, con veneno mixto,
 Trueca el amor mas fuerte
 En desden que no acaba hasta la muerte.
 No bien la dama al paladin ha visto,
 De rabia y de dolor su faz arruga,
 Y seguirla en su fuga
 Ordena al moro. « ¿ Cómo, este replica,
 « Cuando yo así vuestra custodia acepto,
 « Sois vos, señora, vos, quien me suplica
 « Que abandone la lid? ¿ Tan vil concepto
 « De mi valor teneis? Este reproche
 « Al escuchar, no dudo
 « Que el combate olvidasteis y la noche
 « En que, contra un ejército, de escudo,
 « Solo os servi, sin armas y desnudo. »
 Nada responde Angélica, ni sabe
 Qué partido tomar. Su apuro es grave,
 Pues que el de Amon, compareciendo en tanto,
 Con voz soberbia al musulman reclama
 Su caballo y su dama :
 Mas mi historia suspendo hasta otro canto.

CANTO II.

Combate de Sacripante con Reinaldo. — Nuevas aventuras de Angélica. — Parte Reinaldo á Bretaña á pedir auxilios en nombre de Carlomagno. — Tempestad. — Encuéntrase Bradamante con el traidor Pinabelo de Maguncia, el cual la engaña y la precipita en la gruta de Merlin. — Principio de la historia de Bradamante y de Roger.

Injusto amor, que en oponer te places
 Desden tirano á férvido deseo,
 ¿ Porqué consistir haces
 Tu gloria toda en tan inicuo empleo?

¿ Porqué del hombre el corazon inflama
 Siempre pasion por desdeñosa dama?
 ¿ Porqué mientras que bella
 Juzga Reinaldo á aquella
 De quien ha poco desdeño la cuita,
 Ella aversion mas fuerte
 Siente agora por él, que por la muerte?
 « Baja, ladron, de ese caballo, » grita
 Al circaso el señor de Claromonte :
 « Baja y dame á mi Angélica, ó disponte
 « A pagar tu arrogante atrevimiento ;
 « Baja ; que no consiento
 « Que ni caballo, ni beldad cual esa
 « De un villano ladron puedan ser presa.
 « Tu serás el ladron, lengua atrevida,
 « (Tal al ménos publicalo la fama) »
 Lleno de furia el musulman exclama.
 « Que la prueba decida
 « Cual de los dos mas digno es de esa bella
 « Si es que mortal exista digno de ella. »
 Cual, despues de lanzar hasta los cielos
 Penetrantes ladridos,
 Los dientes rechinando con los zelos,
 Y los ojos en cólera encendidos,
 Terribles se acometen dos mastines ;
 Así, de las injurias y las voces
 A las armas feroces
 Vienen los dos valientes paladines.
 Montado, Sacripante
 Gran ventaja al de á pié llevar parece ;
 Bayardo empero, fiel cuanto pujante,
 De su señor en daño no obedece,
 Y en vano, con la espuela y con el freno,
 Por regirlo se esfuerza el sarraceno.
 De Reinaldo á la vista se contiene
 Cuando atacar el árabe desea ;
 Y brinca y corcovea
 Cuando le manda que su ardor refrene.

Viendo por fin que, por regirlo, en vano
 Ora la fuerza, ora la astucia emplea,
 Furioso el moro, con su izquierda mano,
 Ase del bruto altivo la melena,
 Y se lanza veloz sobre la arena.

Entonce empieza el mas feroz combate;
 No con mayor vigor el yunque bate
 Del Etna ardiente en la region profunda
 Cíclope activo forjador del rayo
 Que el que, hiriendo de punta ó de soslayo,
 Con espada iracunda
 Despliegan los dos inclitos guerreros.

Ora fingidos, ora golpes fieros
 Muestran su ingenio ó su pujanza rara.
 Si el uno embiste el otro se separa;
 Si el brazo el uno por herir extiende,
 Con su broquel el otro se defiende;
 Veloz uno del otro en torno gira,
 Y uno se avanza y otro se retira.

En esto, de Reinaldo el duro acero
 Tremendo golpe al musulman descarga.
 Sacripante el broquel de fuerte cuero,
 Con triple chapa de metal, alarga.
 La selva, á golpe tan atroz, retumba;
 Y el escudo saltó en mas de un pedazo
 Hiriendo al musulman el fuerte brazo.
 Del circaso la tumba,
 A tal golpe, la tímida doncella
 Abierta piensa ver. De su faz bella
 La púrpura en un punto se convierte
 En palidez de muerte,
 Y, al pensar cuanto el fin de esta contienda
 Puede serle fatal, llena de espanto
 Tuerce al bridon la rienda
 Y ansiosa corre por la espesa selva
 Sin que el rostro, que empaña amargo llanto,
 Temiendo ver al que aborrece vuelva.
 En un valle, al salir de la espesura,



Combate de Reinaldo y Sacripante. (T. I, p. 18.)

Un ermitaño encuentra. A su cintura
Luenga y nevada barba descendia;
Devocion inspiraba su presencia,
Y, en su gesto y su traje, parecia
Un monje de etrechisima conciencia.
Por la edad y el ayuno extenuado
De un asno sigue las pausadas huellas,
Cuando à Angélica ve. Su triste estado
Advirtiéndolo y su riesgo, hácia ella viene
Y su corcel detiene.

Vuelve ella en sí, y apénas entreabierto
Ha de su faz las fúlgidas estrellas,
Del camino se inquiérese
Que la conduzca al mas vecino puerto,
Pues para siempre abandonar la Francia,
Por alejarse de Reinaldo, quiere.

El anciano, que entiende nigromancia,
A la virgen anima, la conforta,
Y á recobrar su espíritu la exhorta.
De su bolsillo un libro saca en tanto,
Y en él; oh raro encanto!
No bien la primer página ha leído,
Cuando del seno sale de la tierra
Un jóven que, instruido
De lo que debe hacer, hácia el paraje
Va do, ardiendo en coraje,
Se hacen los dos guerreros cruda guerra,
Y, entre ellos colocándose, les dice:
« ¿ A qué aspirais lidiando de esa suerte?
« ¿ Acaso la del uno mas felice
« Será por dar á su contrario muerte,
« Miétras que, con la bella,
« Única causa de esa atroz querella,
« Tranquilo se dirige en este instante
« Hácia Paris el paladin de Anglante?
« A una milla de aquí vilos, ha poco,
« Con risa hablar de vuestro empeño loco.
« En vez pues de lidiar por la doncella,

« Seguid, seguid su huella,
 « Mirad que la perdisteis sin recurso
 « Si llega Orlando hasta Paris con ella. »

Mudos á tal discurso
 Quedan los dos. La cólera los ciega.
 Reinaldo en esto hácia el corcel se llega,
 Y, ardientes cual la llama
 Exhalando suspiros, de sus lazos
 Jura arrancar á su adorada dama,
 A Orlando haciendo el corazon pedazos.
 Y montando en seguida
 Del árabe se olvida;
 Solo y á pié lo deja en la espesura,
 Y con la espuela apura
 Al caballo brioso,
 Que, cual el viento, corre, sin que foso,
 Peñasco ni maleza
 Detengan de su curso la presteza.

Ni singular parezca
 Que el bridon, ántes perseguido en vano,
 Ora manso obedezca
 De su señor á la iracunda mano.

Del pabellon del duque vió Bayardo
 A Angélica partir en el momento
 En que su arzon habia
 Desamparado el paladin gallardo,
 Por combatir con otro
 De grande ardor y suma bizarría.
 Dotado de alta inteligencia, el potro
 A su señor aviso
 De la fuga de Angélica dar quiso;
 Atento pues siguiendo su carrera,
 No permitió á Reinaldo que montase,
 Temiendo que, montado, le obligase
 Su camino á torcer. De esta manera
 Dos veces á su bella
 Ya le mostró; mas, por fatal acaso,
 A separarle della

Vinieron Ferragut y el rey circaso.
 Por el demonio alucinado agora,
 Se acerca el potro en actitud sumisa.
 Monta Reinaldo en él, y con tal prisa
 Quiere ir en pos de aquella á quien adora,
 Que, no Bayardo, el viento
 A su impaciencia pareciera lento.

En busca del de Anglante
 Toda la noche de correr no cesa,
 Que en su alma lleva impresa
 La falsa relacion del nigromante,
 Y así llega á Paris, donde encerrado
 Carlos está, deshecho y destrozado.

Sabedor este de que el Moro asedio
 A poner á su corte se prepara,
 Gente y víveres busca sin reposo;
 Sus baluartes repara:
 Ceñirles hace de profundo foso,
 Y, por no omitir medio
 Que pueda conducir á su defensa,
 Pedir refuerzos al britano piensa.
 Ansioso de empezar esta campaña
 Y de tentar la suerte de la guerra
 Al príncipe de Amon manda á Bretaña.

La nueva el héroe con pesar recibe;
 No porque en odio tenga aquella tierra,
 Sino porque este viaje le prohíbe
 Tras la dama correr que la enamora.
 A su señor, no obstante, sin demora
 Obedeciendo, al viaje se apercibe.
 Parte, á Calés en breves horas llega,
 Y á la merced del piélago se entrega.

Contra el sentir de práctico piloto,
 Por el afan que de volver tenia,
 Surca el mar, que sus límites ha roto
 Y amenazar borrasca parecia;
 Pues, irritados Aquilon y Noto,
 Al mirar del guerrero la osadía,

Soplan con tanta furia y tanta rabia
Que sumergen al buque hasta la gabia.

Las grandes velas recogiendo en esto
El cauto marinero, dar la vuelta
Quiere hácia el sitio do, en su ardor funesto,
Dejó sobre la mar su nave suelta;
Mas de la costa el viento los aleja
Y volver hácia Francia no les deja.

Ya por la popa embiste;
Ya por proa con impetu acomete.

De las olas juguete,
El marinero triste

Quiere, con cautos sesgos,
De los escollos evitar los riesgos.

Mas á Reinaldo agora
Dejo en medio del piélago espumante
Para volver á hablar de Bradamante,
Del rey circaso insigne vencedora.

Del duque Amon y Beatriz nacida;
Del buen Reinaldo hermana,

La gloria esclarecida
Sostiene de su estirpe soberana.

Ilustre jóven á esta virgen ama.
De la hija de Agolante

Nacido y de Roger, Roger se llama
Este jóven, caudillo de Agramante.

A su pasion sincera
Rindió la bella dama

Un corazon que no de mármol era;
Pero volverle á ver la suerte impia

Jamas le concedió desde aquel dia.

De encontrarlo impaciente
Incierta y sola vaga á la ventura,

Y, cual en medio á numerosa gente,
Se contempla segura

De densa selva entre la sombra oscura.

Despues que del circaso
Humilló con valor la altiva frente,



Bradamante descubre à Pinabelo. (T. I, p. 23.)

Montes y valles, con ligero paso,
 Recorre y llega al borde de una fuente.
 Nace de ella, y, con plácida corriente
 Convidando à la calma y al descanso,
 Por la pradera corre arroyo manso.
 Cubierto de hoja y de menuda grama,
 Hacia el siniestro lado,
 Un collado se ve, y en él la dama
 Un guerrero descubre reclinado.

Del arroyo à la orilla
 Y de un bósquete à la fragante sombra
 Sobre la fresca alfombra,
 Ya verde, ya encarnada, ya amarilla,
 Solo, callado, pensativo yace;
 Un yelmo al lado de su escudo brilla,
 Cerca del sitio do el caballo paze;
 Graves al parecer son sus enojos;
 Sobre el pecho apoyando su cabeza
 En tierra clava sus preciados ojos.

Curioso afecto, que en el pecho suele
 Del mortal esculpir naturaleza,
 A Bradamante hacia el guerrero impele
 La causa por saber de su tristeza.
 Prendado él de la gracia y la dulzura
 De la insigne guerrera,
 En quien mirar un jóven se figura,
 Su historia comenzó de esta manera:

« Al frente yo de numerosa hueste
 « De à caballo y de à pié, me encaminaba
 « Hacia el paraje agreste
 « Donde à Marsilio Carlos aguardaba,
 « Y conmigo, señor, una doncella
 « Llevaba amable, bella
 « Y de mi pecho encanto y maravilla,
 « Cuando, al llegar del Ródano à la orilla,
 « Sobre un corcel alado
 « Se me aparece un caballero armado.
 « No sé si era mortal. ignoro si era

« Algun habitador del hondo averno ;
 « Mas, cual caer sobre polluelo tierno
 « Tal vez se deja el águila altanera ,
 « Sobre mi dama asi se precipita ,
 « Y, sin dolerse de mi amarga cuita ,
 « Se alza veloz á la celeste esfera.
 « En vano, en vano misera me grita
 « Que socorro le dé. ¿ Cómo al que vuela
 « Seguir á pié cuando entre riscos me hallo,
 « Y cuando, indiferente ya á la espuela,
 « Un paso dar no puede mi caballo?
 « De furor y pesar mi pecho lleno,
 « Sin jefe, á la ventura abandonando
 « Las tropas de mi mando ,
 « Vago gran rato en áspero terreno ,
 « Y, por ignota y desusada senda,
 « En busca voy de mi adorada prenda.
 « Seis veces vióme, al despuntar, el dia
 « Selvas y campos con camino incierto
 « Recorrer, do sin guia,
 « En vano huella humana
 « Mi inquieta vista por hallar se afana.
 « Un valle en fin advierto ,
 « Triste, inculto, desierto,
 « Cubierto de peñascos y de abrojos.
 « En medio dél, con majestad se encumbra
 « Un sólido palacio que los ojos
 « Del que se acerca hasta su pié deslumbra.
 « De fúlgido cristal hechos parecen
 « Sus muros y sus torres desde léjos,
 « Y sus vivos reflejos,
 « Al acortarse la distancia, crecen
 « Allí supe despues que edificada
 « Fué por arte infernal esta morada ,
 « Y templado el metal de que cubiertas,
 « Sin jamas empañarse, resplandecen
 « Sus almenas, sus torres y sus puertas.
 « Corriendo sin cesar en torno dellas,

« El nigromante infando
 « Cautiva cuantas bellas
 « Puede encontrar, sin que jamas suavice
 « Su saña, ya el furor, ya el eco blando
 « Del amante infelice
 « Que en vano le suplica ó le maldice.
 « ; Misero oh! no me queda otro consuelo
 « Que el sitio ver do yace el alma mia!
 « Inquieto cual raposa que hácia el cielo,
 « Entre las garras de águila, á su cria
 « Alzarse ve, me agito, y, de la roca
 « Por llegar á lo sumo,
 « El valor que la cólera provoca
 « En esfuerzos estériles consumo.
 « En esto, precedidos de un enano,
 « Llegan, llenos de ardor y de esperanza,
 « Dos guerreros de aliento y de pujanza.
 « Es el uno Gradaso el Sericano ;
 « Roger el otro, paladin valiente
 « De gran renombre entre la mora gente.
 « Al ver que vienen de su esfuerzo prueba
 « A hacer, contra el señor de ese edificio,
 « Guerreros, dije, á compasion os mueva
 « De mi pecho el dolor, y si propicio,
 « Cual pienso, os es el cielo en esta guerra,
 « Dadme la dama que el castillo encierra.
 « Mi deplorable historia
 « Entónces entre lágrimas les narro ;
 « Y en tanto que ellos, con ardor b'zarro,
 « Del combate suspiran por la gloria,
 « Por rogar al Señor les dé victoria
 « Del sitio de la lid yo me retiro,
 « Y desde léjos miro
 « La que se traba en el pequeño espacio
 « Do estriban los cimientos del palacio.
 « Quien el combate rompa
 « Someten al acaso,
 « Que el nombre proclamó del rey Gradaso.

« Los ecos de su trompa
 « Estremeciendo el valle y el collado,
 « Del alcázar en breve
 « Al morador aleve
 « Hacen salir sobre el corcel alado.
 « Cual grulla que rastrea,
 « Antes de alzarse al aire, por el suelo,
 « Y que las alas, por tomar su vuelo,
 « Una y mil veces desplegar desea,
 « Cuando en medio á los aires ya se vea,
 « Sus plumas agitando,
 « Va á esconderse en el seno de alta nube;
 « Así las suyas mueve el monstruo infando,
 « A do no llega un águila se sube,
 « Y, surcando otra vez el aire vago,
 « Cual buitre sobre tímida paloma
 « Sobre el rey sericano se desploma.
 « En su loriga, con erujido aciago,
 « Su lanza troncha el furibundo mago,
 « Y de nuevo al espacio se levanta;
 « Mas es la furia tanta
 « Con que, otra vez bajando, le arremete,
 « Que derriba al caballo y al jinete.
 « Al ver al rey de Sericania en tierra,
 « Llega Roger; mas, con presteza altiva,
 « Sobre él feroz el nigromante cierra.
 « Impávido Roger, el golpe esquiva
 « Y á devolverlo está su mano pronta,
 « Cuando de nuevo el monstruo se remonta.
 « Torna á bajar; y el yelmo y la coraza
 « A Roger y á Gradaso despedaza,
 « Pues, sin que nunca la respuesta espere,
 « Enfurecido hiere
 « Siempre léjos del punto que amenaza.
 « Los guerreros se ofuscan
 « Y en vano un medio de alcanzarle buscan.
 « Así dura el combate, hasta que el suelo
 « Viene á encubrir la noche con el velo

« Que los objetos todos descolora.
 « No exagero, señor; cual os lo digo,
 « Tuvo lugar la lucha aterradora
 « De que yo fui el único testigo.
 « De rica tela su broquel cubierto
 « Al brazo lleva el mago, y yo no acierto
 « Porque difiere en descubrirlo tanto,
 « Siendo así que al mas fuerte y aguerrido,
 « De la vista privando y del sentido,
 « Le arroja al suelo con mortal espanto.
 « Yo, bien que á largo trecho del castillo,
 « Vengo á tierra tambien al ver su brillo;
 « Y, en mí volviendo, en vano
 « Busco á los combatientes y al enano.
 « Entónces persuadido de que el viejo
 « Los ha sumido en su fatal mazmorra,
 « Y que, merced al portentoso espejo,
 « Hallar no puedo ya quien me socorra,
 « Con faz turbada y mustia
 « Huyo del sitio do mi vida queda:
 « Ved, señor, si hay angustia
 « Que á la de mi alma compararse pueda.»
 Tales palabras sin rubor pronuncia
 Este cobarde caballero, en tanto
 Que sus mejillas surca amargo llanto.
 Hijo del conde Anselmo de Maguncia,
 Cual toda su progenie, Pinabelo
 De cuantos vicios hay era modelo.
 De Bradamante el amoroso fuego
 Viene esta nueva á alimentar; mas luego
 En dolor su entusiasmo se convierte,
 Al pensar en su amado y en la suerte
 Que en el alcázar le reserva el hado.
 Con preguntas ansiosa
 Sobre Roger á Pinabelo acosa,
 Y, su dolor un tanto mitigado,
 « Marchemos, dice, á esa mansion horrenda
 « Do presa gime mi adorada prenda,

« Que vana no será nuestra fatiga
 « Si la suerte nos es un tanto amiga. »
 — « ¿Quieres, la dice el conde, que de nuevo
 « Esos montes yo cruce,
 « Y el camino te enseñe
 « Que al castillo del mágico conduce?
 « Pues perdí la esperanza, nada debo
 « Desde hoy temer; mas, bien que yo desdeñe
 « Todo peligro, si del mago luego
 « Ser víctima te toca,
 « Desde ahora te ruego
 « Que solo culpes á tu audacia loca. »

Dice, y las riendas toma. Ella le sigue
 Sin reparar el porvenir funesto
 Que le aguarda si el triunfo no consigue.

« Deten, detente, » en esto
 Grita de lejos una voz. El paso
 Bradamante contiene,
 Y al mensajero ve que al rey circaso
 Tendido halló despues de su fracaso.
 De Montpellier y de Narbona viene
 Con la noticia cuanto infausta cierta
 De que, unido al pendon de esta comarca,
 Se alzó la costa toda de Agamuerta.

En justo premio de su esfuerzo raro,
 A Bradamante concedió el monarca
 Cuanto, entre el Rin, el Ródano y el Varo,
 Comprende el territorio de Marsella;
 Mas esta insula bella,
 De su señora el poderoso amparo
 Necesitando, un mensajero expide
 Que su consejo y proteccion le pide.

Suspensa largo rato Bradamante
 Queda, del nuncio al escuchar la arenga,
 Sin saber hácia donde, en este instante,
 Volver su apoyo y su valor convenga.
 Entre su amor y su interes fluctuante,
 A salvar á su amante se decide,

O á quedar con él presa
 Si no corona el éxito su empresa.
 Del mensajero entónces se despide,
 Y mientras él, contento y satisfecho,
 A Marsella se vuelve,
 Con el conde resuelve
 La insigne dama proseguir su viaje.

Mas conocer al maguntino han hecho
 La llegada del nuncio y su mensaje,
 Que del noble linaje
 Del duque Amon descende la doncella.

Tan antigua querella
 Existe, y odio tan profundo y tanto
 Entre la infame raza de Maguncia
 Y la de Montalban, que, con espanto,
 De los arroyos se tiñó la juncia
 Mas de una vez en liquido amaranto.

Temblando, pues, de ser reconocido,
 De dejar á la virgen, con anhelo,
 Una ocasion aguarda el fementido.
 Y está tan agitada, entre el recelo,
 La duda y el rencor, su fantasía,
 Que del recto camino le desvía
 Y á una selva dirige sus pisadas.

En medio de esta selva se alza un monte
 Del cual ponen las peñas escarpadas
 Fin, por aquella parte, al horizonte.

Allí llegando, y su fatal proyecto
 Queriendo el impostor llevar á efecto,
 Dice á la dama: « De esta oscura selva
 « Salgamos ántes que en su sombra envuelva
 « La noche al mundo; que, hácia el otro lado
 « De ese monte escarpado,
 « En fértil valle, hay un castillo hermoso.
 « Aguárdame tú aquí; que allá primero
 « Ir por mí propio á cerciorarme quiero. »

Dice; y lanzando su corcel brioso,
 Del monte sube á la pelada cresta

Donde, lleno del ansia que le anima,
Su odioso plan á ejecutar se apresta.

Cortada en tajo allí vese en la roca
Treinta varas ó mas oscura sima,
Y en lo mas hondo della, por su boca,
Se descubre una puerta, que da entrada
A otra estancia mayor y que aparece
Por fúlgido fanal iluminada.

Miéntras que de la cueva en la garganta
Observándola el conde estar parece,
A aquel sitio la virgen se adelanta.
Viendo él asi frustrados sus afanes,
De ruina y muerte meditando planes,
A Bradamante dice

Que, en lo hondo de la cueva,
Vió no ha mucho una jóven infelice,
Cuya faz bella y cuyo rico traje
Son de alto origen evidente prueba.
« Del llanto que á sus gracias hace ultraje
« En vano, añade, con anhelo vivo
« He indagado el motivo;
« Que un monstruo con violencia
« La acaba de arrancar de mi presencia. »

Fe la guerrera presta
Al discurso falaz de Pinabelo,
Y á la caverna á descender se apresta
Por dar á la que gime algun consuelo.
De un olmo allí vecino
Su espada largo vástago divide;
Con él el fondo de la cueva mide,
Y el un extremo dando al maguntino,
Le manda no lo suelte, y sin tardanza
En el abismo impávida se lanza.

Al ver el conde el riesgo de la dama,
Con sonrisa feroz suelta la rama
Diciendo así: « ¡Plugiese al Dios del cielo
« Tu linaje enemigo
« Concederme extinguir todo contigo! »

No se cumplió el afán de Pinabelo
De la inocente jóven en la suerte;
Pues que el ramo, al bajar, tocó en el suelo
Y ella en su brazo se sostuvo fuerte.
Favor sin duda fué del cielo santo,
El que así la libró de injusta muerte.
Turbada, empero, un tanto
Quedó, como veréis en otro canto.

CANTO III.

La maga Melisa descubre á Bradamante la genealogia de la casa de Este, y le indica los medios de libertar á Roger. — Marcha la hija de Amon al socorro de su amante.

¿Quién la voz me dará, quién el acento
Que de tan alto asunto digno sea?
¿Quién á mi verso habrá que infunda aliento
Proporcionado á tan sublime idea?
Númen mayor que aquel que el alma mía
Suele inflamar, inflámeme este día,
En que á cantar voy timbres y blasones
Del linaje mas noble y mas fecundo
Que, en larga serie de inclitos varones,
Bajó del cielo á gobernar el mundo,
Y que (si en mí no yerra
El profético genio que me inspira)
Ha de verse jamas en paz ó en guerra.

¡Mas ah! ¿cómo mi lira,
Dignamente este asunto celebrara,
Cuando apenas bastara
La que cantó de Júpiter la ira
Cuando del Etna en la prision ardiente
Precipitó del Encélado á la gente?
Por tí, solo, inspirado; oh almo Febo!
Empresa tal á acometer me atrevo;
Y si al cincel con que en el mármol duro,